Deo Non Fortuna

Miguel Muñoz Martínez

Capítulo 1

DEO NON FORTUNA

Por

Miguel Muñoz Martinez

PROLOGO

Solo al final te das cuenta de lo que dejaste al principio. Esa es una gran verdad que se nos suele pasar por alto en nuestra vida diaria. Pero, en ocasiones, miramos atrás y vemos esa piedra en el camino, ese pequeño escollo que se nos tornó imposible, y comprendemos que no había más que dar un pequeño salto para superarlo. Quizá podíamos haberlo rodeado, o no... Son tantas las opciones. Y tan simples...
Se abren nuevos caminos que llevan a otros, y éstos nuevamente se cierran tras nuestros pasos, en un continuo discurrir de tiempo que no cesa.
Centrémonos en el cauce de un río. Nace en las montañas y discurre alegre su camino hasta llegar al mar, lugar donde muere. Se hace uno con el inmenso océano compuesto por todos los ríos del mundo.
¿Pero ahí termina todo? ¿Todo él desamboca en el mar?
No. Mucho de su cauce queda por el camino. Se estanca como alguna parte de nosotros en alguna rivera donde los chopos hablan su lengua con el viento. Y de vez en cuando ocurre algo excepcional, una presa, derrumbes, la mano del hombre, en definitiva, un suceso extraordinario que trastoca el sinuoso discurrir tranquilo del río. Ese "algo" nos transforma, detiene nuestra vida partiéndola en dos. Dejándonos a la espera de volver a continuar en otras condiciones, en otros mundos diferentes.
Pues debéis saber que, al igual que en los rios, ese "algo" existe en nuestras vidas. Ese punto de inflexión tarde o temprano aparece, y no es difícil encontrarlo. Solo debemos seguir las señales que nos llevan a el. Alargar la mano y notar su poder que hierbe entre nuestros dedos. Y en ese poder, en esa fuerza, está ella. Ponedle el nombre que queráis, no importa cual, pero ponedselo. Hacedlo porque ella ya sabe el vuestro. Lo creó un buen día para vosotros.

Primera parte

Hace tiempo que espero

y no sé lo que espero...

De Minerva

La anciana reflexionaba sentada en su butacón preferido. Mientras, el sonido acompasado de los relojes dominaba por completo aquel salón comedor con olor a madera antigua. Era su casa de nuevo. Su hogar tan conocido pero a la vez tan extraño. Tras pasar un par de días en la residencia, el vínculo que existía entre aquella planta baja de la periferia y ella se había roto de manera violenta y, ahora para sus ojos parecía más el hogar de algún conocido que el suyo propio. Aunque un lugar extraño repleto de recuerdos, olores, sensaciones y fotografías.
Con decisión se dirigió directa al oscuro baño del fondo de la vivienda, y tras cerciorarse de que había encendido el calentador, entró a la ducha. La higiene era algo primordial que no había que descuidar, era una prioridad que la señora Camino había aplicado a su forma de vida desde que era una chiquilla, y siempre había procurado inculcarla a sus hijos. Al recordar ésto miró nerviosa el reloj chapado en oro de su muñeca (último regalo de su difunto esposo). Había tiempo de sobra, Fernando le había asegurado que volvería a mediodía, y conocía de sobra el "mediodía" de sus hijos. Seguramente tendría que prepararse algo de comer, ya que su regreso se alargaría hasta media tarde.

Tras su aseo diario comprobó con fastidio que no había preparado ropa limpia que ponerse. —" Ésta cabeza mía..." — pensó añadiendo aquel olvido a los cientos que cosechaba a diario. Sin más remedio tuvo que salir con la toalla como única prenda. En silencio se repetía una y otra vez la razón de estar medio desnuda en aquel frio pasillo: la de buscar en los cajones del dormitorio algo medianamente decente que ponerse. Un vistazo atrás le hizo detener su atención en las huellas mojadas dejadas por sus pies. Algún engranaje en su cerebro pareció activarse entonces, dejándola paralizada mientras su mente viajaba libre por las experiencias acumuladas en sus largos años de vida.

Aquello era algo que solía ocurrirle a menudo. Ser consciente de que estaba paralizada mientras su mente intentaba pescar algo del inmenso lago oscuro en que se había convertido su memoria. Sus hijos ya se lo habían insinuado en más de una ocasión: Alzheimer. La terrible enfermedad que tanto les incomodaba y que luchaban por ocultar cuando estaba ella delante. Aunque lo que peor llevaba eran las pastillas. Las odiaba. Le producían jaquecas, y eso era mucho peor que tener unos simples olvidos sin importancia.

— “A decir verdad, aquello no podía ser más grave que cuando me rompí la pierna en aquel acequión del pueblo.” — pensó con una sonrisa en los labios.

Tras encontrar una muda limpia, aprovechó para ordenar algunos cajones, los armarios y adecentar la casa. Sería terrible si, por alguna razón, alguien se acercaba por allí y la encontraba toda sucia y descuidada. ¿Qué pensarían de ella? No se lo quería ni imaginar.

En su afanoso quehacer se topó por casualidad con numerosos recuerdos que apenas recordaba. Fotografías, cajas de zapatos con antiguas cartas, incluso trozos de papel donde en algún momento de su vida apuntó fechas y lugares que ahora ya no significaban nada para ella. Aunque había algo más... Algo mucho más importante que no lograba encontrar, y no podía recordar lo que era. No entendía lo que le pasaba. Que no recordara las cosas no era demasiado importante para ella, aunque sí bastante molesto. Pero no era ni mucho menos un motivo de alarma como sus hijos la hacían creer. Recordaba otras cosas mucho más importantes: Su niñez, estampada en las fotos de su aldea natal, reflejadas en las páginas de aquel calendario que había encontrado por casualidad en lo alto de un armario. Por supuesto recordaba a su marido, que en paz descansara, con su eterna cara de preocupación y su afición por construir cuadros de conchas que coleccionaba como el mayor de los tesoros en el trastero del garaje. También en las paredes había alguno que otro. La anciana recordaba exactamente el día y la hora en que su marido colgó allí cada cuadro. Era su ilusión que las visitas apreciaran sus obras de arte, y a ella

le hacía gracia complacerle.

En una pequeña caja encontró unas viejas fotos en blanco y negro. Eran fotografías de Puebla, de amigos y vecinos. También salían sus hermanos, y ella misma de joven. Qué tremenda granuja era, con su descuidada melena siempre al viento. Había sido la más revoltosa de sus hermanos, y buena prueba de ello eran las huellas de cicatrices que aún hoy, casi setenta años después, se adivinaban en sus brazos y rodillas. Aquella niña que de vez en cuando la visitaba le recordaba mucho a ella misma en su niñez. Tenía los mismos ojos azules, igual de vivos y despiertos. De vez en cuando se dejaba caer por allí. La traía su hijo, y si bien, no acertaba a recordar el parentesco que la unía a ella, de seguro que era hija de algún familiar cercano. Este olvido, como tantos otros, lo ocultaba la señora Camino con el único motivo de no dar que hablar. Le horrorizaría que los demás pensaran que era una vieja chocha incapaz de recordar nada.

Tras emocionarse con las fotos de su niñez encontró al fondo de la caja un azulado boletín de notas. Tras abrirlo con cuidado (estaba muy deteriorado y amenazaba con romperse) encontró una colección de suspensos que harían temblar a todo padre medianamente preocupado por la educación de sus hijos. A la anciana le hizo gracia ver aquello. Qué poco tenían que ver aquellas calificaciones con su verdadero intelecto. Ella siempre había sido una lumbrera, y así lo había demostrado años después cuando consiguió establecerse por su cuenta en la capital, con un trabajo propio y unos ingresos que ninguna otra joven de su edad podía siquiera imaginar. Aunque aún no hemos llegado a eso. La Señora Minerva Camino cerró con delicadeza el boletín de notas y lo depositó en aquella querida caja de recuerdos. No era aquello lo que su nublada mente buscaba, aunque le reconfortó encontrarse reflejada en todas aquellas fotos de su juventud y buena prueba de ello fue la sonrisa que lució buena parte de aquella tarde de reencuentro con su pasado.

Ver en aquel aula a aquella niña de uniforme con el indomable pelo a mechones le hizo recordar el verdadero motivo de su estancia allí. A los dos días de ingresar en la residencia ("Bendito Mar" Enigmático nombre.) convenció a su hijo mayor para que la volviera a llevar a casa. Le mintió diciéndole que tenía que recoger algunas prendas de ropa. Aunque ahora aquella fotografía la había llevado a enlazar el verdadero motivo de su búsqueda: su antigua carpeta de recortes.

Revolvió cajones y armarios en su búsqueda. Calculaba que debía estar en algún lugar de la casa, de eso estaba segura. No podía recordar cuando fue la última vez que la vio, pero de lo que estaba segura es de que la había guardado bien , a salvo de cualquiera con suficiente curiosidad como para fijarse en ella. Finalmente la halló, insertada en el falso fondo de un cajón del cuarto de baño.

No pudo contener la emoción al volver a abrirla.

“Libro de esquemas, propiedad de Minerva Camino” — rezaba la primera página de una antigua libreta de negras cubiertas de cartón. Allí estaba ante ella, inalterable al tiempo, como el eterno testigo de una niñez muy lejana. Casi olvidada.

Tener aquel objeto de nuevo entre sus manos le hizo retrotraerse a aquella vetusta escuela, carcomida por la humedad y los años. Todos esperaban al profesor mientras el sonido de la lluvia traqueteaba la chapa que hacía las veces de techado. En invierno hacía un frio de mil demonios, de eso se acordaba bien, pero no podía compararse con el tremendo calor que se sufría en verano. Algo temible en las interminables tardes de canícula cuando los grillos anunciaban que pronto acabaría el colegio y llegarían las vacaciones. Fue en aquel aula donde realizó su primer esquema, unos simples monigotes que a través de sinuosas flechas se unían a múltiples incógnitas que a su vez representaban algún objetivo en su vida, aunque ahora apenas podía recordar cual era. Con el devenir de los años aquellas preocupaciones e incógnitas infantiles dejaron de tener importancia, y solo quedó en la memoria de la muchacha que fue aquella niña la sensación de que con esos esquemas había trazado un camino que le llevaría en un futuro a alguna parte. Una pequeñas migas de pan en los sinuosos senderos que nos hacía recorrer la vida. Y aquella terrible sensación de dejarse algo olvidado volvía una y otra vez a su cabeza al recorrer con la mirada aquellas anotaciones, esas flechas que se unían a intrigantes letras entre comillas; números que se sumaban una y otra vez y que daban como resultados unos o ceros que en algún momento significaron algún tipo de episodio destacado en su ya larga vida.

La anciana cerró aquel cuaderno de bitácora y permaneció durante unos minutos mirando la negra portada. Repasó mentalmente todas aquellas incognitas que aún permanecían sin resolver, y ello la llevó a pensar en el poco tiempo que le quedaba en este mundo.

No se deprimió, no era su estilo, más bien recapacitó sobre todos aquellos momentos brillantes que había vivido, los que aún podía recordar, y ellos la llevaron (al igual que en los esquemas) a recorrer las líneas que los unían a otros eventos lejanos. Eventos que se salían de la página de su memoria.

— “Se dice que con la edad una se va haciendo más sabia. Pues bien, siento rebatir ese dicho, ya que creo que no es así. Lo que mis experiencia en la vida me han enseñado ha sido que no solo basta una vida para

llenar nuestro espíritu de felicidad.

De los principios rectores del universo

Yo no soy uno y Trino. Tampoco fui creado por obra y gracia de una virgen, ni santificado es mi nombre. Tampoco creo que vaya a resucitar de entre los muertos al tercer dia, ni pretendo que se haga siempre mi voluntad (ya me cansé de eso). Pero sí conservo un secreto que haría temblar los cimientos del mismísimo vaticano. Es verdad. Ni yo mismo puedo creerlo, y el caso es que, a pesar de ser tan simple, aún no termino de comprenderlo.
Es un secreto porque no se lo he contado a nadie, aunque nadie me ha prohibido que lo haga, pero es tan obsceno e increíble que temo que al desvelarlo me tomen por un loco.
Desde que llegué a comprender lo que ocurría, mi vida se torno un complejo caos de confusión y cabos sueltos.
La creación, la serpiente, la esencia del universo... ¡yo que sé! Lo cierto es que no sé que coño es. He investigado, buscado por todas partes... Incluso se lo he preguntado a ella misma. Pero su explicación me ha dejado igual que estaba (incluso más tonto que antes). Tened en cuenta que he hablado de ella como un ente femenino sin identificar, porque es es lo máximo que he llegado a conocer de aquel, no me atrevo a llamar ser, que habita en el interior de la joya. Eso es lo que parece, una alhaja barata de mercadillo. Incluso su superficie esta desgastada y apenas brilla. Excepto cuando ella me entiende, momento en que empieza a irradiar un fino brillo que va variando de tonos ocres al plateado más fosco.

Al principio lo tome como un juego. Algo estúpido que solo existía en mi mente. Pero poco a poco los sucesos se fueron acumulando, y lo que en un principio fue una forma de pasar el rato, se convirtió en algo fabuloso digno de un cuento de hadas.
Ahora, frente a este café me preguntó por quintuagésima vez por los secretos de su universo. Observo la brillante cucharilla reflejar mi imagen en su cara cóncava, y sin embargo dar mi reflejo invertido en la convexa.

Por megafonía comienzan a dar el aviso de un vuelo que no es el mío, y por un momento pasa por mi cabeza el utilizar la joya para terminar

cuanto antes con este viaje. Aunque pronto desisto de intentarlo. Ya han cambiado suficientes cosas en mi vida para arriesgarme a cambiar otras más, y con lo que me ha costado dejarla medianamente arreglada renuncio a probar suerte de nuevo.
Ahora solo me queda esperar que es lo que sucederá con ella. ¿Desaparecerá tan de repente como una vez apareció en mi vida? No lo sé. Pero es algo que me acongoja impidiéndome conciliar el sueño. Confieso que me he vuelto bastante dependiente, y ya no le doy la importancia que una vez le di a todo lo que he conseguido. Mi lampara de aladino personal me acompaña ahora adonde quiera que voy. Es mi amuleto, mi compañera, confesora y amiga, y pienso que, si alguna vez me despierto una mañana y ya no la encuentro a mi lado, me moriré.

Otro vistazo a mi bolso de mano me hace constatar de nuevo su existencia. Allí está ella, tal y como la conocí aquella noche en casa de mis padres. La ansiaba desde hacia mucho tiempo, y finálmente (para mi desgracia) la conseguí.
No sé calcular cuanto hace que la tengo. ¿Dos o tres años? No lo sé. Solo soy consciente de que voy perdiendo la razón con cada deseo que me es concedido. Conservo la memoria de los que pasaron antes que yo por mi misma situación. Puedo escuchar cada una de sus historias tan parecidas a la mía que no salgo de mi asombro al volver a escucharlas. Y puedo hacerlo tantas veces quiera con solo desearlo. Al hacerlo repaso concienzudamente sus relatos, ya que en ellos a veces creo encontrar fragmentos de mi propia vida, que ya apenas me pertenece. Solo vivo retazos de un gran sueño hecho de retales de otros a quien ni conozco, ni tan siquiera me hubiera gustado conocer.
Ahora suena mi teléfono movil. Es un mensaje de mi mujer: —Estoy contando los minutos que faltan para poder verte de nuevo. Te quiero. —es ella sin duda. Son sus palabras y su forma de expresarse. Pero no es sincera. Por lo menos en otra realidad que no es ésta no lo es. En esa realidad ella sueña con triunfar como periodista en Londres mientras que de mí ni se acuerda. Como se iba a acordar de ese insignificante microbio gordo y medio calvo que siempre se sentaba tras ella en el instituto.
Yo le arrebate su futuro a costa de engrandecer el mío con su presencia. Tener a mi lado a mi amor platónico, la protagonista de mis sueños más húmedos, a sido siempre una obsesión que finalmente conseguí. También decir adiós a mi vieja barriga y a mi cuerpo cochambroso, y dar la bienvenida a este que ahora ocupo. Un cuerpo que no es el mío y que apenas recuerda nada del anterior.
Lo más doloroso ha sido descubrir que con el enésimo deseo desaparecía de mi mente el recuerdo de mis padres, y a pesar de inventarme otros nuevos la tristeza más amarga me invade cada vez que me toca dirigirme a ellos como lo que son, unos extraños que me llaman hijo.

Es todo tan idealizado, tan perfecto que me produce arcadas. Incluso si lo deseara sé que podría matar a todas estas personas que me rodean. Estrellar uno de esos aviones que van a aterrizar y arrasar este

aeropuerto conmigo dentro. ¿Y luego qué? ¿despertaria de nuevo en mi cama como si de un día de la marmota se tratara? Lo ignoro, y a pesar de querer conocer la verdad soy demasiado cobarde como para intentarlo.

A veces, caminando por la calle me da la sensación de que todo existe porque yo lo permito. Que está ahí porque no me ha dado por cambiar el universo. Pero... ¿Cuáles son los límites de la joya? No me atrevo ni siquiera a planteármelos. De momento no he encontrado ninguno. He podido hacer y deshacer a voluntad. Cambiar de lugar, adelantarme y atrasarme en el tiempo, e incluso enmendar errores que yo mismo he provocado. Pero lo que nunca he podido encontrar es a alguien que me hable de ella. Y solo es a ella a quien puedo preguntar sobre si misma. No podéis siquiera llegar a comprender lo frustrante que es vivir en un mundo donde lo puedes todo y no comprendes nada.

La megafonía de nuevo, y esta vez sí, esta vez anuncia mi avión. Puerta de embarque seis. Ante mí una cola interminable de viajeros esperan pacientes su turno para subir al aparato.
—"Todo esto podrías evitarlo" —me dice mi mente envenenada por la serpiente. Oh... ¿No os lo he dicho...? La joya de los deseos tiene la forma de una serpiente mordiendo su propia cola enroscada. Por eso sé que se trata de un Ouróboros, un amuleto que significa creación. Pero lo que no he encontrado en ningún lugar es lo que yo he aprendido usándolo. Que para crear, antes hay que destruir. Mi propio imperio se crea sobre los cimientos de mi vida pasada. Y no solo me ocurrió a mí. Aún puedo escuchar la voz de otros, portadores de la joya como yo, a los que les ocurrió lo mismo.

¿Que no me creeis?

De los ojos de las muñecas

Ellos saben algo. Yo lo sé. Les veo desde hace tiempo esperar algo, como si tuvieran alguna constancia que yo ignoro por completo. Si tan siquiera tuviera una pequeña pista de lo que es...

Me refiero, aunque parezca una locura, a ellos, los juguetes. Esos muñecos de vivos colores que reposan incólumes sobre las estanterías malvas.

Vuelven a caer lágrimas de mis cansados ojos. — Qué tremendas bolsas se me han hecho. — Pienso al ver mi reflejo en el espejo del recibidor. — ¡Qué fea estoy! — Un vistazo a la fotografía que corona el escueto mueble de nogal me da la bofetada del cambio que he experimentado con el paso de los años. Allí estamos, felices los tres y sonriendo a la cámara. A él se le nota incómodo, extendiendo el brazo en su afán de encuadrar al máximo la foto. Dar nitidez a todo era su pasión. Qué lástima que esto no lo extrapolara a su vida conmigo. De todas maneras, y gracias a ese hobby, ahora conservo muchos recuerdos mudos de lo que fue una vez mi vida.

Las náuseas vuelven a invadirme, me atenazan la garganta y me oprimen el pecho. Se me hace trabajoso el simple hecho de respirar. Inspirar, expirar, volver a inspirar... Tremendos esfuerzos con ínfimas recompensas. En mi pecho un vacío, una pluma que se escapa con un simple soplo de brisa. Y esa pluma recorre un abismo inmenso y amenazante. Sabe que al caer en él será su fin, pero aún así sigue resignada su descenso hacia ese enorme hueco sin vida donde una vez hubo algo. Un trozo de mí misma, arrebatado con todo el dolor del mundo.

Necesito tomar apoyo en los muebles, busco desesperada un punto de apoyo para dominar mi mundo, como ese filósofo cuyo nombre no puedo recordar. La enorme presión amenaza con atravesarme. Quise ser valiente, como todos me aconsejaban, pero no lo fuí. Simplemente no lo quiero ser. Es mucho dolor ya, mucha carga solo para mis hombros amoratados. Me muero por dentro un poco todos los días al cruzar el umbral de su puerta, al ver el papel pintado de colores pastel. Sus muñecos, dispuestos estratégicamente por tamaños, le esperan ajenos al drama que corroe a diario mis entrañas. Un drama por encima del tiempo. El tiempo lo cura todo, dicen. Pero no es así. Ni todos los meses, años ni siglos de mil vidas podrán reparar la tremenda desolación de mi pecho al recordar su pequeño cuerpo tan pegado al mío, tan tremendamente mío. Ese ser durmiente eterno que ya no me pertenece, ajeno al tiempo y ajeno a mí, pero fijo en mis retinas, grabado a fuego en ellas. Aún me acompaña su olor, y aún ahora, diez meses después sigo oliéndolo, embriagándome con él.

Lo que más me duele es que no hubo lunas rojas ni estrellas fugaces que me avisaran. Y si las hubo yo estaba tan embriagada por mi felicidad que

ni las vi. Ahora de nada sirve lamentarse, aunque es lo que mejor hago. Recorrer noches esféricas en su busca, abriendo puertas y más puertas cerradas, pero solo encuentro trozos de mi memoria, sin sentido, inútiles sin él. Mis zapatillas de ballet, mis muñecas, aquellas antiguas gafas redondas de pasta roja, mis sempiternas botas de agua. Solo una noche encontré algo diferente tras una de las puertas; algo puro y esperanzador. Al principio creí ver una cueva, pero pronto reconocí los familiares claves eléctricos y los antiguos portalámparas con casquillos sin bombilla. El pasadizo que comunicaba los huertos con el resto de la aldea. El olor de los naranjos en flor me embriagó, haciéndome retroceder a cuando era solo una simple chiquilla con cicatrices en las rodillas. Aquella puerta estaba invitándome a pasar, ofreciéndose a ser atravesada y poniendo ante mis sus secretos que yo, sorprendentemente rechacé con un simple portazo. Por supuesto, tiempo después me he maldecido una y cien veces por eso, y no sé lo que me llevó a hacer tal cosa, pero lo que está claro es que perdí una de las pocas oportunidades de dar una explicación a mi vida. De salvarme de la locura que poco a poco me aletarga en este sofá, que ya huele a convalecencia y enfermedad. Y cuando su ausencia se hace tan real que duele, imagino unas alas y salgo por la ventana rumbo al sol. Pienso que no sería peor el remedio que la enfermedad. La cuestión es detener este dolor tan fuerte y cruel. Y así como Icaro, yo también caigo, deshechas mis alas por la simpleza del sol, compruebo en mi cuerpo la terrible certeza de la gravedad que no es nada comparada con la certeza de la ausencia. Y aún así sigo viva, en este mundo ingrato, recostada en aquel camino encharcado de mi niñez, el mismo que me llevaba a ese prolijo túnel cuyo fin era sortear toneladas de piedras y tierra en cuya cúspide nos observaban las antiguas ruinas. Y logro levantarme, porque en realidad, a pesar de mi aparente cobardía, siempre he sido una luchadora. Y llego a sortear todos aquellos charcos color café con leche hasta llegar a la boca de túnel. La entrada a las entrañas del monte cuya salida es un pequeño reflejo de luz en la oscuridad ante mí. Y me digo rememorando las voces de los que fueron niños cuando yo lo fuí: — Vamos, entra. No seas cobardica. — Pero lo soy. Sé muy bien lo cobardica que soy. — Quizá mañana. — me digo. — O pasado. — lo cierto es que nunca voy. Me faltan las fuerzas me digo engañándome a mí misma, pero en realidad desde bien pequeña me ha faltado el valor. Ser luchadora no vale de nada si te falta lo más importante, que es el ímpetu.

Cuando apareciste, tan pequeño e indefenso, creí haber encontrado el valor necesario. Haber atravesado el túnel y llegado al centro, desde donde, mirando hacia arriba, se podía ver la cúspide del torreón de los moros, lugar sagrado donde estaba guardado el mayor tesoro de todos los tiempos. Tú, eras el mayor tesoro de todos los tiempos. Y ahora te he perdido. Eres otra puerta que he cerrado abandonándote ahí, tras el pomo, a solo un gesto mío para encontrarte. Y vivo la vida sin saber darme cuartel, sin saber darme un descanso en mi traqueteo constante en busca de un perdón que no logro encontrar por ninguna parte de mi cabeza. Sobre ella un obrero con un martillo hidráulico trepana

continuamente mi propio cerebro en busca de una explicación. Pero, por el rabillo del ojo, siempre controlo esa puerta, no vaya a ser que, con el ruido del martillo no escuche como se abre de nuevo. Porque yo sé que hay otra oportunidad. De alguna manera, si la fortuna falla, algún dios empujará esa puerta.

Ya sé que ahora solo reflejo la enorme cobardía de alguien que ha perdido el norte, y no sabe como llegar adonde esta su propia mano. Extender el brazo y encontrarla se hace una tarea tan enorme que procuro olvidar donde está, y confío en los hados para que obren por mí.

Ahora, lo que me pareció en un tiempo tan importante, con el paso de los años pierde valor, se devalúa y me sorprende al atacar mi cabeza con el pensamiento de que hay otras cosas más importantes, de que en realidad no estoy tan mal y podré superarlo. Que la suerte a partir de ahora me sonreirá, como bien me han asegurado tantos. Pero lo que ellos no saben es que la suerte es un demonio vengativo y cruel, y siempre quiere algo a cambio. Crees triunfar en la vida y aseguras: “He tenido suerte.”, y esas mismas palabras lo invocan. Sale un día de tu propio espejo para cobrarse la deuda y no le importa si tienes con qué pagarle o no. De seguro se la cobra.

En estos momentos estoy en paz. Ya no le debo nada. El espejo me ha marcado con la factura pagada en mi rostro cansado. Por eso ahora he roto todos los espejos. Para recordarme a mí misma que debo tener cuidado con la suerte. Aunque lo que ella no sabe es que he descubierto la forma de abrir esa puerta. Ahora me rio y miro a mi alrededor temerosa de no ser escuchada. Pero sí, he descubierto la forma de llegar de nuevo a ese lugar de mi niñez. A encontrar ese pasadizo que, al mirar hacia arriba nos devolverá la mirada del cielo. Refugio de brujas y duendes, decían mis abuelas, y que allí hacían encantamientos intentando meternos miedo con cuentos infantiles. Pero yo si que sé lo que es el miedo. Miedo es esa enorme presa que he construido al otro lado de mis párpados, conteniendo un enorme pantano a punto de desbordarse.

Yo nunca he sido fuerte, tú lo sabes, te digo acariciando tu plano recuerdo fotográfico indultado de la quema por sabe Dios que indulgente recuerdo. —“A la hoguera con él” —diría Julia, a la que aún recuerdo con su eterna media sonrisa. Pero ella ya no esta aquí. Ya no hay mirada cómplice ni hombro amigo en el que derramar ese pantano de lágrimas que contengo. Quizá por eso no me atrevo a oprimir ese botón. Siempre me quedo con esa opción azul bajo mi dedo: “eliminar”. Pero nunca me atrevo a pulsarla. Quizá los recuerdos que guardan todos esos mensajes me mantienen aún con vida después de todo, andando sobre el fino cable y abajo ese oscuro abismo en el que me balanceo. La confianza se rompió derramando silencios por toda la habitación. Y tú te fuiste. Igual que todo

a mi alrededor. Y siempre quedo yo (como siempre, yo), y me odio por eso. Que fácil sería ser un hombre, me digo a mí misma. Anestesiar el dolor con fuegos de artificio y poner tierra de por medio. Ser inmune al apego y al compromiso. Pero soy una mujer, con todo lo que eso conlleva. Y el insomnio, rey de mis noches, me lleva si cabe a vivir el doble de vidas; cavilar el doble también y a sufrir el triple. Pero aún así a veces me abre nuevas vías sorprendentes, restas que ya no restan sino añaden nuevas formas geométricas a un esquema cuya base forma una ecuación con una sola incógnita, la misma de siempre. La de que de alguna manera, sumando las consecuencias de mis actos pasados y futuros podre volver a verle.

De Asterión

Todo iba bien. Todo era grandeza y honor; respeto y fama. Hasta que se cortó la conexión a la red. Solo en esos momentos Sergio volvía a la frustrante crudeza de su realidad.

-Mamá, Mamaaaa... — gritó con la esperanza de que sus gritos de súplica restauraran de alguna manera mágica aquella insulsa pantalla en blanco. Pero nadie respondió a su llamada, ni tampoco se solucionó el problema que le había dejado expectante en mitad de una interesante partida.

Sergio era parapléjico. Así le gustaba considerarse y así le gustaba que le llamaran los demás. Odiaba el término minusválido, ya que, a su parecer, menospreciaba a los que, como él, necesitaban de algún tipo de artilugio para desplazarse. Sergio no se consideraba minusválido, ya que era capaz de hacer miles de cosas solo, desde vestirse hasta prepararse la comida, e incluso podía salir solo a la calle de proponerselo. Aunque, la verdad es que hacía mucho tiempo que no se lo proponía, ya fuera por pereza o simplemente porque no le apetecía.

Todos los jueves tenía revisión con la fisioterapeuta que trataba su caso. Solía salir temprano acompañado por su madre. Ésta empujaba de su silla de ruedas, a pesar de que Sergio se obstinaba en querer ir por sus propios medios, poniendo todo su empeño en dirigir su inútil cuerpo hasta la tercera boca de calle, lugar donde se hallaba la consulta de Marindia, la profesional que le trataba desde hacía dos años. Antes había tenido a

otros, pero ésta en particular le gustaba. Bien es cierto que era la única ocasión en la que una mujer que no fuera su madre le ponía las manos encima, pero no solo era eso lo que agradaba al muchacho. Su dulce tono de voz. Sus manos pequeñas y fuertes, y la forma en la que se dirigía a él en particular, con una dulzura y cercanía que, en más de una ocasión le había provocado alguna comprometedora erección. Principalmente por esa razón Sergio nunca quería que su madre le esperara allí, y finalmente tras mucho insistir, ella accedió a marcharse y volver más tarde a recogerle. Sergio no sabía a ciencia cierta si sentía algo por su fisioterapeuta. Nunca se lo había planteado, ya que ese concepto le venía un poco grande. Tampoco había tenido nunca novia, ni en el colegio ni más tarde en el instituto. Él mismo lo achacaba a su carácter extremadamente tímido y reservado, algo que se fue agravando con el tiempo y con sobrellevar aquella frustrante enfermedad. Desde bien joven fué pasando por un verdadero suplicio de pruebas, operaciones, exploraciones y cirugía, algo que le había dejado durante varios años postrado en cama y con pocas posibilidades de realizar una vida normal, y eso a un adolescente como era él en aquel entonces, le marcó de por vida.

Habían pasado veinticinco años desde entonces. Sergio ya había alcanzado los cuarenta, y a excepción de la muerte de su padre, nada había cambiado. Seguía siendo el muchacho apocado de siempre. Encerrado en su trinchera de recuerdos, juguetes y aparatos. Y sus dos preciados amigos, los cascos y el ordenador, sus únicos aliados. Su madre lo tuvo difícil para franquear todos aquellos obstáculos. Solo un día llegó hasta primera linea, consiguiendo infiltrar una espía en las defensas de su hijo. Eva era una tímida joven con gafitas y pinta de no haber roto un plato. Vivía con sus padres en el apartamento “tercero-cé” del bloque de viviendas colindante. Durante varios días, y a petición de la madre de Sergio, estuvo realizando visitas para ayudarle con sus estudios, y finalmente algún día llegó a visitarle por voluntad propia, llevando siempre algún presente que Sergio menospreciaba. Finalmente la aspirante a prometida se cansó de intentar una y otra vez romper el muro que aquel niñato construía ante ella, y desapareció. Eso sí, antes hizo saber al muchacho lo que se perdía, pero Sergio no dudó en alegrarse al librarse de aquella intrusa. No quería saber nada de nadie. Solo quería estar allí, en su paraiso privado, con su silla y su ordenador. Tragándose la ansiedad que diariamente le oprimía el pecho sin dejarle respirar.

Bien era cierto que ni él mismo se aguantaba. No eran pocos los días que alguna crisis de nervios hacía volar todo a su alrededor. Aunque la destrucción de su propio patrimonio era algo superfluo en comparación con el enorme sosiego que conseguía tras la tormenta. Su pobre madre era la encargada de poner orden de nuevo en su cuarto y en su vida. Siempre a su lado, en lo bueno y en lo malo, y eso era algo que Sergio ya sabía. Y, aunque sonara egoísta, le reconfortaba tenerla a su lado, envejeciendo junto a él en aquel enclaustramiento auto impuesto allí en

aquel piso de protección oficial de la periferia de Madrid.

Sergio se ajustó los mitones, y tras apartar a manotazos la montaña de cachivaches que bloqueaba el acceso a su cuarto, logró salir al estrecho pasillo. Fue en aquel instante cuando reparó en el cansancio que le había provocado empujar su silla de ruedas desde su habitación hasta aquel lugar, cuatro metros escasos. Era obvio que le habían debilitado tantas horas ante el ordenador. Meses y meses sin realizar ejercicio alguno que no fuera el de autosatisfacerse con cantos de sirenas de todos los colores.

Cuando ocurrió el accidente Sergio era apenas un muchacho de dieciséis años. Cabe decir que hasta ese momento nunca había destacado en nada, ni en deportes, ni en los estudios, y mucho menos en popularidad. Siempre había vivido a la sombra de otros y necesitando de la ayuda de academias y profesores particulares para sacar adelante los años de instituto. Por eso aquel desafortunado accidente sirvió al entonces joven Sergio para replantearse su vida. Pasó por unos años de atención constante, tanto en su casa como fuera de ella. Los profesores se volcaron con él, e incluso dispuso de la ayuda constante de un psicólogo que diariamente se ocupaba de su caso, haciéndole creer que él era su amigo, confidente y, en cierta manera, sustituto de su padre. Lo cierto es que fué verdad, pensó Sergio, ya que éste desapareció tan repentinamente como lo hizo aquél. Antes de eso se aseguró de terminar su rehabilitación, que (según decían todos) le dejó "completamente insertado en la sociedad" . Se encontró entonces con una realidad bien distinta. Si alguna vez había creído que su incapacidad le convertiría en una especie de super heroe capaz de hacer proezas, tal como le sucedía al abogado ciego de los comics que leía, se topó de bruces con la dura realidad. No podía hacer casi nada sin la ayuda de su madre. Ni lo más nimio, como ir al baño o ducharse solo. Para todo necesitaba ayuda, y eso le sumió en una amargura que le duró años. Sus brazos, siempre fofos, ahora se habían convertido en unas masas de carne blanda y pálida que le repugnaban, al igual que su incipiente barriga que, no lograba moldearse a pesar de que su propietario no dudara ni una mañana en intentar realizar proyectos de ejercicios que si bien, no reducían su perímetro, si le hacían sudar, sirviendo ésto de único consuelo para el cabizbajo joven que poco a poco fue ganando años y kilos. Ahora, con la madurez a sus espaldas luchaba como podía por aparentar mantener el estatus que sus mentiras habían construido a su alrededor. A través de esa pequeña ventana que era la pantalla del ordenador, Sergio no dudaba en mentir a unos y otros, inventando otra vida que concordara con sus circunstancias. Comenzó a unirse gradualmente a foros, blog´s y chats de todo tipo. Daba igual el tema que trataran. Sergio no dudaba incluso en estudiar, mentir y aparentar ser un erudito de todo aquello que llamara la atención de los otros que iba encontrando en la web. Con aparentes fundamentos exponía abiertamente sus opiniones y deseos, dejando de lado la represión y la

angustia que continuamente le agobiaban en el mundo físico. Poco a poco fue forjando una nueva identidad al margen de la suya propia, y llegó un momento en el que Sergio desapareció del ciberespacio completamente. Asterión se hizo dueño entonces de todo su tiempo, y éste se convirtió en solo la marioneta que le daba sustento. En su propia realidad Asterión lo era todo: era valiente y atrevido; inteligente, decidido y locuaz; Amigo de cientos de amigos y capaz de dejar sin palabras a todo aquel que se atreviese a contradecirle. También había que destacar las aptitudes negativas que su nueva personalidad le había acarreado. Asterión era un cínico y orgulloso bastardo. Eso es lo que Sergio pensaba de su otro yo al mirar el techo de su cuarto a las cuatro de la mañana, único momento en el que se paraba a hacer un balance de todo lo que había vivido ese día.

No le costó mucho mantener esa farsa durante años, ya que cuando alguien se inmiscuía demasiado en su vida, Asterión simplemente lo eliminaba de la faz de la tierra. Borraba sus cuentas, boicoteaba sus IP´s y rastreaba sus datos para no volver a toparse con él el resto de su ciber-vida. Sus actos le precedían, y no tardó en forjarse una fama de intransigente que a todos puso en guardía. Asterión era un ser temible, y era mejor no hacerle enfadar. Eso pensaban todos aquellos que le conocían. Todos menos su madre, que nada sabía de ese ente inventado. Ella conocía bien a Sergio, y sabía que nunca sería capaz de hacer algo malo. Él era su niño enfermo, y siempre lo sería. Por una parte le reconfortaba que volviera a tener amigos, aunque fueran completos desconocidos de internet. Hasta llegó a pensar que volvería a relacionarse con chicos y chicas reales y conseguiría recuperar su antigua vida (dentro de sus posibilidades). Internet le había ayudado a abandonar su habitual decaimiento y tristeza, aunque, por otra parte también le preocupaba. Su hijo ahora estaba tan atareado con sus cosas que apenas comía. Estaba tan obsesionado por salir bien en la pantalla de su ordenador que hasta había comenzado a automedicarse con unas extrañas pastillas compradas de internet, y su aspecto ahora parecía aún más fragil y enfermizo que antes. Cuando comentó ésto, su médico le informó de que probablemente Sergio estaba sufriendo un trastorno de personalidad, y le pidió que le mostrara el compuesto que estaba tomando. Días despues localizó en la basura los cartones de aquel medicamento, Dinitrofenol, o como eran conocido por sus consumidores habituales: DNF. A escondidas se los llevó a la consulta. El facultativo le advirtió de la peligrosidad de aquellas píldoras, haciéndole saber que su abuso podría poner en peligro la vida de su hijo. Aquello era cierto, ya que desde que estaba tomándolas, hasta su humor había cambiado. Sergio, antes tan pacífico y jovial había pasado a desarrollar un eterno belicismo y pesadumbre que se acentuaba cuando no estaba sentado frente a la pantalla.

No fueron pocas las noches que su madre derramó infinitas lágrimas desde la soledad de su cuarto escuchando a Sergio hablar con sus amistades sin cuerpo. Ocultos todos ellos en ese mundo particular. Aquella era la voz de su hijo, sus expresiones, su forma de hablar... Pero

en realidad no era él. Y una noche, finalmente llegó a la conclusión que nunca más lo recuperaría. Justo cuando escuchó decir por su boca que él no tenía padres.

De los secretos del lodo

Sé que voy a enfermar. La tos se me agarra fuerte a la garganta desgarrandome por dentro. Me hace doblegarme y luchar por continuar ascendiendo. Sé que nunca había estado tan cerca de conseguirlo, y le siento ya muy cerca. Detalles que mi estúpida cabeza había olvidado ahora parecen acudir a mi pensamiento y revolotear por el. Los ricitos que tenia detrás de las orejas, los dedos de sus pies tan gorditos, o esa forma tan característica que tenia de reírse. Él está ahí arriba, puedo sentirlo, y ello me hace inmune a las ramas y raices que se clavan en mi ropa y en mi piel, al lodazal que tengo que atravesar. Cientos, miles de toneladas de barro y piedras que no son más que eso, piedras sin importancia que aferro con furia arañandome las manos y quedándome sin uñas. Finalmente asciendo. Surjo de la tierra como una temperamental ninfa oscura y me recibe la lluvia. El agua tranquila que limpia mi rostro, preparandome quizás para darme audiencia ante los que han de juzgarme. Los dioses antiguos que me observan toser hasta reventar. Pero no hay misericordia en sus expresiones. Sus duros rasgos tallados en piedra caliza no varían ni un ápice su expresión, aún siendo conscientes de todo lo que he tenido que recorrer hasta llegar ante ellos.
Aquí está la prueba final. La que me abrirá el camino o me cerrara definitivamente la puerta. Y por primera vez siento miedo. Pánico más bien. Un retal de cordura me asalta, el último escollo, me obliga a observarme a mí misma y plantearme lo qué estoy haciendo allí, en aquellas ruinas, cubierta de barro hasta las cejas, herida, calada hasta los huesos y esperando un milagro. Un portento de unas piedras a las que de pequeña pintaba bigotes junto a mis amigos.

Allí, ante mi está el sapo, el ciervo sin cuernos y el pájaro. Detrás están las dos formas indefinidas a las que de pequeños llamabos los hermanos, y a mi derecha mi preferida, el gato. Me mira, y parece ser el único con el que tengo una especial conexión. Precisamente ante el me derrumbo. Lloro desconsolada implorando un imposible. Volver a verle. A olerle quizá. Sé que ellos pueden hacerlo. De pequeña lo hicieron conmigo. Me enseñaron lo que era el amor y se lo he estado eternamente agradecida. Pero no sé si volverán a apiadarse de mí. A veces malgastamos nuestros

deseos en cosas sin sentido, superfluas que podríamos conseguir fácilmente de otra forma. Siempre hay un camino mientras estemos vivos. ¿Pero, qué hay cuando no? Cuando es a la muerte a la que debemos vencer.
Se me ha muerto un hijo. Es duro decirlo, pero más duro es aceptarlo. Y nada ni nadie podrá hacer nada para devolvermelo. Esa parte de mi ha sido arrancada de mi pecho y ahora vuela por el cielo nocturno, jugando con las estrellas que yo misma me empeñé en enseñarle.
No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Esa es una gran verdad que una vez me dijo un ex-novio, refiriéndose a él por supuesto. Pero lo que no sabia ese imberbe aprendiz de guitarrista era que el propio universo se encarga de darnos esas lecciones. No hace falta tomarnos por nuestra cuenta el oficio de dictar sentencias.
Me voy. No he podido superar el último escalón. El más difícil. El de la propia conciencia. Atrás dejo a los petreos dioses antiguos. Viejos espíritus de la naturaleza tallados en aquel monte por manos más sabias que las del hombre moderno.
Y vuelve la tos, y con ella la enfermedad. Vuelvo a ser mortal, y la esencia gloriosa que me inspiró a llegar aquí se va, dejandome la frustración más profunda.

Ahora he comprendido que lo he perdido para siempre. He bajado de la nube para darme de bruces contra el frío suelo. Y en ese suelo cubierto de barro veo algo en lo que nunca reparé de pequeña. Marcas entrecruzadas parecidas a pequeños adoquines combinados. Los voy desenterrando con las manos desnudas, ya no me importa nada. Solo quiero llevarme algo, como una ladrona de tumbas. Quiero profanar con mi presencia lo que alguna vez fue sagrado, y la sensación de fracaso me inspira con rabia a hacerlo. Cavo cada vez más rápido, cada vez más hondo, y aunque me duelan las manos con cada brazada descubro una parte de aquel mosaico en el centro de los seis Dioses.
—¡una serpiente! — me escucho pronunciar, y mi ronca voz me asusta.
En efecto, es una serpiente mordiendo su propia cola. Y preside con su ojo vacío la plaza derruida donde me encuentro.
Es el séptimo dios, y a el le deben respeto los otros.
Realizo mi petición. Eso era a lo que había venido, y ya no tengo miedo.
Allí, hundidas mis rodillas en el barro me arrastro sobre el ofidio y dejo que en inyecte su veneno hasta la médula.

¿Es necesario morir para poder vivir de nuevo?

Del costurero de viejos retales

Fue al cerrar la puerta tras de mí cuando comencé a ser consciente de lo que era la soledad. Entro conmigo en un descuido y aún permanece escondida en algún lugar, junto a sus trajes pulcramente planchados, o quizá en las cajas de sus relucientes zapatos. Lo cierto es que se ha vuelto la inseparable compañera de mis días y, aunque se esconde con las visitas, siempre está enroscada en mis pies esperando que la acaricie. Cuando mis hijos pusieron el folleto de la residencia sobre el tapete de ganchillo de la mesa del comedor, fue a ella a la primera que miré. Mi soledad me devolvió un guiño de complicidad, y desde ese momento supe que nunca me abandonaría. Seguiría conmigo hasta el fin de mis días.
Pero fue también gracias a ella que comprendí algo que ha regido mis días desde entonces y, porqué no decirlo, me ha dado unas esperanzas que no tenía. Es fácil aferrarse a la esperanza, dicen que es lo último que se pierde, pero cuesta encontrarla entre tantos cachivaches que vas acumulando en una vida. Ahora gracias a ella puedo ver de nuevo en mi interior a la indomable muchacha que fui. Intrepida amazona de rodillas magulladas que corría sin descanso llenándolo todo con unas energías que ahora me faltan.
Eso es lo que yo quiero. Es lo que deseo con toda mi alma. Sentir de nuevo esa juventud ardiendo por mis venas.
Me levanto de la silla no sin dificultad, y acercandome a los cajones de la cocina revuelvo el primero.
Nada. Solo cubiertos y viejos utensilios de cocina.
Sé que la puse por aquí. Tiene que estar en alguna parte.
Decepcionada corro a recuperar mi libreta de esquemas. Allí tiene que haber alguna pista que me lleve a saber donde la guarde. Donde puse la llave de mis deseos. El viejo talismán que fermentó nuestra sangre en las entrañas de ese almendro. Un árbol que siempre resucitaba en primavera llenándolo todo de flores blancas. Recuerdo cuando ilusos nos llenabamos los bolsillos de almendras. —Asi encontraremos el tesoro —deciamos. Y vaya si lo encontrábamos. También recuerdo el juramento. La sangre derramada sobre la serpiente.
Allí, en aquella página precisamente está ese pasaje de mi vida. Lo haria cuando no contaba con más de doce años. Un esquemático dibujo que se une a una fecha con una casi imperceptible linea de lápiz. Esa a su vez se une a otra en la pagina posterior, y esa a otra que sale de la pagina. Un pequeño y casi borrado treinta y tres sirve de referencia de donde va a parar aquella indicación.
Paso las hojas con avida decisión en su busca.

Suena el teléfono.

—“No. Ahora no” —He visto la luz de ese faro y no es el momento de abandonar. Me ha costado horas salir de la continua bruma de mis pensamientos y ahora lucho por llegar a esa luz, a esa solución a todos

mis problemas.

Sigue sonando.
(¿Debería cogerlo?)
Seguro que es mi hijo. Me llama para decirme que pronto estará aquí. Que se ha retrasado o algo parecido.
La insistencia de aquel monotono timbre me llevó a coger el aparato. Con la voz entrecortada por el catarro que arrastra desde el verano (nunca me hace caso. Y mira que le digo que se abrigue) me cuenta que ha sacado los medicamentos y que viene ya.
—Tardaré lo que tarde en aparcar. —Me dice.
"Tardaré lo que tarde" que expresión más de nuestra familia. Recuerdo a mi madre y a mi abuela que ya la usaban.
Yo doy mi conformidad y cuelgo el aparato. Pero algo se desconecta en mi mente (¿que estaba yo haciendo?). Aquella vieja libreta de recortes aparece por arte de magia entre mis manos frías.
Encendere el brasero mientras viene mi hijo a recogerme. Esta casa es tan fría...

De rastros de serpientes

Licenciado en filología e historia. Un master en derecho internacional y un postgrado en económicas, y aún así sigo sin conocer la formula para salir airoso de esto que es la vida.
Mis colegas de la facultad me tenían como una persona engreída, arisca y encerrada en su mundo. Nada más lejos de la realidad. Que se lo pregunten a alguno de mis pocos amigos. En realidad, como decía mi ex: soy un tío enrrollao, con un complejo de inferioridad que me hace vivir amargado. No lo podía haber descrito mejor esa guarra.
Ahora, hastiado de la vida en el pueblo vuelvo a la capital. Me lo he tomado como un reencuentro con viejos orígenes. Como reanudar una pausa que inicie al separarme de mi última mujer, la bella Violetta (hasta el nombre lo tenia bonito).
La mayoría de las veces no somos conscientes de los cambios que nuestras acciones provocan a nuestro alrededor. Como un efecto mariposa diminuto, nuestros actos siempre nos pasan factura. Un vistazo sin importancia, una sonrisa, un simple carraspeo puede desencadenar un aluvión de sentimientos o pesares que lleven a alguien al borde del colapso.
En la pequeña tele de plasma de la cocina veo como unos integristas

islámicos entran a fuerza de fusil en una embajada y matan a todo el mundo. Tanta violencia, tal derramamiento de sangre se podía haber evitado facilmente. Pero ha faltado esa contrafuerza que vuelva a equilibrar los ánimos. La ignorancia es la que mata. Eso es lo que nos enseñaba nuestro viejo profesor de humanidades. Que razón tenía. Yo mismo, de no haber sido tan ignorante podria haber salido airoso de muchas de las pruebas que he tenido a lo largo de mis ya pesados cuarenta y seis años.
Violeta... siempre Violeta. Rasero de medir mi vida desde que se fue. Que sera de mí sin ti, le dije a su espléndido culo cuando lo vi alejarse. Si pudiera recuperarla... si pudiera... Seguro que volvería a cometer los mismos errores que cometí. Volvería a "cagarla" y volvería a perderla. Está en nuestro ADN. Nacemos predispuestos a equivocarnos en determinados aspectos de nuestra vida, y lo seguimos haciendo hasta nuestra muerte. Pero... ¿Y si tuvieramos una oportunidad más? En ello se basa mi última investigación. La comezón de mi último año que me llevo hasta a volar a Bogotá y a Turquía. Fue ahí, en Estambul, donde comprendí la fragilidad del ser humano. La fina linea que nos une a éste mundo, y que transcurre por carreteras secundarias perdidas en la niebla. Un descuido, un paso en falso, eso basta para terminar. Y luego la nada. El olvido. Pero lo que me hizo cambiar radicalmente fue saber que del olvido también se sale. Un guiño del destino, el cruce de un loco sin seguro de ningun tipo. Y el tercer factor que su familia se apiadara de ese extranjero que tuvo la mala fortuna de tropezarse con él por la frondosa región del Mar negro . Fue a su padre a quien vi primero. El conocía de lo que era capaz la fuente de la serpiente. Sus ancestros conocían el camino a sus aguas. Un angosto pasaje entre rocas perdido en el frondoso bosque cercano a Kumral. Un laberinto, real y en mi mente, y la constancia de el poder y la fuerza que emanaba de las aguas cristalinas repiqueteando contra las rocas.
—Desea vivir —.me dijo— Desea vivir.

Yo obedecí. No había más opción.

De vuelta a España dejé de lado todo para centrarme en recuperar aquel sentimiento. Había resucitado. No tenia dudas. Ese día ante la lengua de las aguas deseé vivir, y la serpiente me lo concedió.

Desde entonces he recuperado miles, millones de fragmentos de entrevistas a arqueólogos, historiadores... Fotos y más fotos de retablos medievales, grabados sumerios, y en todos ellos coincide la misma imagen. La serpiente mordiéndose la cola. Mitologia primigenia que se hace necesaria para explicar un prodigio que nunca hubiera creído de haberlo escuchado por boca de otros.

Mi vida dio un cambio radical desde aquel dos de septiembre del dos mil ocho. Se ha convertido en una azarosa búsqueda de un sentido a lo que no se deja comprender. El sentido mágico que lo impregna todo no es

excusa como para dar por imposible algo objetivo que he experimentado en mis propias carnes. Ver para creer. Yo siempre había seguido esa directriz en todo hasta que Violeta me dio la patada y arrancandome de cuajo de la tierra que tan firme pisaba. Ahí comencé a pensar en fuerzas que no controlamos. Existen, sin lugar a dudas. Y resucitar a una nueva vida es buen ejemplo de ello.

Retomé mi proyecto con más ganas que nunca. Mis continuas visitas a la universidad sirvieron para reclutar algunos adeptos a mi causa. Uno de ellos, el viejo Luis de Lucca, profesor jubilado de historia antigua en la complutense, y catedrático en la universidad de León, me ayudó a recuperar buena parte de lo que ahora estoy usando con más ahinco en mi trabajo. Las tablas griegas.
Estas, a siempre vista insignificantes tablas de arcilla contienen suficiente información en sus muescas cueniformes como para hacernos trabajar sin descanso durante por lo menos un año. Son seis, y están datadas del siglo III antes de Cristo. Pero todos presumimos que forman parte de una serie de al menos doce más. Y todas ellas forman un complejo sistema de claves que muy poco o nada tienen que ver con la cultura helénica de aquel entonces.
Según el profesor, todo hace sospechar que su autor, o autores sobrevivieron a los pueblos summerios del este de lo que es ahora Siria, y que por alguna causa cruzaron las aguas asentándose en la península griega. Lo cierto es que gracias a las pobres traducciones que voy haciendo, he podido descifrar algunas facetas de mi nueva vida que aún a fecha de hoy me desconciertan. Una de ellas es, lo que la propia tabla denomina como "alma conseguida, alma perdida". Para aclararme lo he traducido literalmente asi, aunque creo que no es exactamente eso lo que significa esas muesca en bisel yuxtapuestas alrededor de dos círculos.
Para mi propia estabilidad psíquica llevo un pequeño cuaderno de campo donde voy anotando todos los puntos incoherentes que he ido descubriendo, y a continuación paso a enunciar.
-Violeta ha dejado de existir. Parece increíble y procuro no comentarlo con nadie, pero ha sido así, sin más. Todo su mundo, sus relaciones, familia y entorno se han volatilizado. Como si nunca hubiesen existido. A los pocos días de mi llegada a España me permití nombrarla delante de mis padres, pero estos no recordaban a nadie de esas características. —"Será alguna novia de instituto" -bromeó mi padre. Pero no. Yo la recuerdo bien. De hecho estuve casado con ella durante tres años. Sí, es para volverse loco. De hecho ya lo estoy un poco. Muchas cosas me desconciertan y vivo continuamente en un estado de agitación y nerviosismo impropio para alguien como yo. Incluso en las antiguas fotos ha desaparecido, y en otras en las que, supuestamente salíamos los dos, ha sido sustituida por otras personas, familiares o amigos.
- Otro episodio inverosímil que no me ha pasado inadvertido es la existencia en mi despacho de un gran diploma en el que figura mi nombre al lado del sello de la universidad de Marsella. Según reza el escrito, a seis de junio de mil novecientos noventa y tres me gradué en ciencias

botánicas en dicha institución, y conservo cientos de fotos y recuerdos de mi paso por ella. Pero son cosas que no me pertenecen. Nunca he estado allí y no conozco a nadie de las personas que aseguran conocerme.

-Por último está la existencia de Michelle, una engreída francesa, vecina de mis padres y que según parece me he estado beneficiando durante los últimos años. Precisamente ha sido por su aparente preocupacion e insistencia por lo que he accedido a pedir ayuda profesional. No lo he hecho por ella, aunque parezcan afectarle tanto mis desvarios. Lo he hecho por mí.
Mario Martinez Mas, ese es el nombre de mi psicólogo. Un tipo enjuto y agradable al que visito todos los jueves. La verdad es que me gusta ir a verle. Me tranquiliza. Mario tiene la consulta en una pequeña casita antigua frente a un parque, desde donde puedo ver a los niños jugar en los columpios. Siempre que voy tiene café preparado, y pasamos las horas de terapia charlando y bromeando sobre la vida.
—Lo importante no es que exista o deje de existir esto o aquello —.me aseguró una tarde —lo que realmente importa es lo que llegue a afectarte.

Pensandolo fríamente, tiene razón. Hay por ahí miles de víctimas que tras sufrir un episodio traumático siguen viviendo sin problemas a pesar de que su vida se vio truncada un mal día.
Tras dos meses de terapia sigo acudiendo religiosamente a su consulta, y si bien no me he olvidado de los puntos incoherentes de mi vida, si que puedo convivir con ellos. A pesar de que me resulte extraño que algún desconocido amigo de la universidad me llame para querer saber de mí.
Retomando el tema del proyecto, es de cajón asegurar que disfruto como el que más revisando y dando forma a todo escrito datado de aquellas fechas que encuentro. Cierto es decir que voy medio paso por delante de mis colegas. En Turquía vi con mis propios ojos las muescas en la roca de aquella fuente, y a diferencia de mis colegas, mi decisión no flaquea al llegar a casa. Continuo la investigación sin descanso, día y noche, sabiendo que
mis pasos me acercan cada día más a mi destino. A descubrir esa misteriosa esencia que los antiguos Sirios imbuian en sus objetos de culto, en sus monumentos, en todo aquello que querían impregnar de divinidad.
Y sé que la encontrare. No tengo dudas. Tal y como reza la primera estrofa de la tabla que guardo fotocopiada sobre mi escritorio: -Deo non fortuna-. o lo que es lo mismo: No será por fortuna, sino por designios de Dios. Un Dios del que siempre he renegado y ahora aparece con más frecuencia en mi vida. Tal y como atestigua la llamada que acabo de recibir.

De la torre

Soy botánico. Amo lo que hago y disfruto con ello. Y aunque he de reconocer que siempre he sentido simpatía por otros campos, nunca he tenido la necesidad de cambiar mi profesión ni mis aficiones. Por lo menos hasta ahora.
Digo esto por varias razones. La principal se llama como yo. Es mi hijo y está enfermo. Sufre una enfermedad degenerativa que a los doce años lo postró en una silla de ruedas, mermando poco a poco sus capacidades hasta hacerlo completamente dependiente de nosotros. Sabe Dios que he movido cielo y tierra en busca de algún especialista que pusiera algo de luz en la fosca ignorancia que había hasta el momento en torno a su mal. En lo único que se han puesto de acuerdo la escasa treintena de profesionales que estudian la enfermedad de mi hijo es en ponerle nombre. La mielitis de Adán. Una enfermedad que ataca principalmente la irrigacion de la membrana, inflamándola hasta separar completamente las vertebras lumbares.
Debo decir que yo, por desgracia, tambien he aprendido bastante de todo lo que rodea a este tipo de inflamación de la médula. Y una de las cosas que más me ha costado encajar es que actualmente no existe cura alguna para la profunda degeneracion que semana tras semana va afectando la salud de Sergio. Y no solo la suya, mi mujer también ha acusado en sus carnes lo que llevamos arrastrando con nuestro hijo.
He de reconocer que ultimamente me faltaban las fuerzas. Levantar a Sergio, vestirlo, asearlo... rutinas que antes hacia sin esfuerzo ahora se me tornan montañas difíciles de superar. Pero gracias a Dios mi propio trabajo me dio la solución a todo. Era tan sencillo que me dieron ganas de darme cabezazos en la pared ante tanta simpleza. La naturaleza es sabia aseguran, pero la gente a pie de calle no se imagina cuan de sabia y generosa es. Un hombre puede pasar una vida buscando la solución a algo que siempre ha tenido escondido bajo la piel de sus propias manos. La proporción áurea. Ese numero que se haya en el caparazón de los moluscos, en la enervacion de los vegetales, en los huracanes, el epitelio de los animales, en nuestra propia galaxia... Eso me dio la solución. El numero perfecto, 1,1618. Lo justo y principal para encontrar la ecuación que nos lleve a la solución de todo en absoluto.
Di lo que quieres. Pide lo que deseas. Sé que mi mujer esta preocupada. Piensa que he perdido la razón.

Pero ella, la princesa, el hada verde espera ahí encerrada. Llora y espera en su último bastión, la hipotética "T". Encerrada en su propio centro mientras todo alrededor confluye y desaparece en el fin de la espiral que

no cesa. La he visto. Incluso he hablado con ella. Siempre ha estado allí, me dijo. Esperando. Pero nadie la ve. Bueno... miento. Existen personas que si la han encontrado, pero han desaparecido sin más. Solo uno de ellos volvió, según me contó, y es por ello por lo que ahora todos sufrimos. El mundo se ciñe a una serie de reglas imposibles de romper. Cuando las forzamos corremos el riesgo de estropear el balance del tejido espacio-tiempo. Algo que solo tiene arreglo con un sacrificio. Con el compromiso de enmendar los errores de otros viajando hasta ese centro de nuevo. Ella me dijo que sólo podría verla una vez. Que nunca más volvería a verla. Solo estaba en mi mano el obrar bien o mal. Sólo en mi mano. Y si me aventuraba a recorrer los universos y enmendar los errores de otros sufriría —.de eso no tengas la menor duda —me dijo.
Aún así tengo otra opción. Coger su blanca y sedosa mano y sanar a mi hijo. Regenerar la membrana de sus vertebras y darle una nueva oportunidad. Pero, aún si lo consigo, siempre me quedara la duda de qué habrá sido de ella, de esa niña de cabellos dorados que a duras penas sobrevive en la Torre derruida.

En mi mano está.

De la caja de juegos

Me niego. Siempre me he negado a acompañarla. Solo de vez en cuando me ha conseguido arrastrar a sus paranoias. Arrastrarme a sus tontas ideas de arreglarlo todo con la terapia. Pero hasta ahora ningún psicólogo, medico o curandero ha conseguido devolverme a mi padre o que volviera a caminar. Mis estúpidas piernas cuelgan de mi cuerpo como las de un muñeco al que un ventrílocuo invisible va controlando para que no lo destroce todo. El estado lamentable de la pared y los muebles dan fe de lo que es capaz este minusválido cuando se cabrea. Pero lo que si que me toca los huevos es mi madre. Siempre esta igual, dándome la brasa con estó o con aquello. Come hijo, sal a la calle, acompañame a esto, a aquello, Estás muy debil, tómate los medicamentos, muérete hijo, muérete... eso es lo que necesita ella, que se muera este inutil, y así podrá recuperar el tiempo perdido conmigo. Veintiséis años desde que él se fue, y nunca lo ha nombrado. Parece como si fuera algo normal que tu marido desaparezca un día sin más. Pero yo sé que fue por su culpa. Y por eso la odio.
Recuerdo que antes recurría al onanismo para calmar mi ansia incesable, pero ahora hasta el sexo me hastía. He tirado a la basura todas mis

colecciones porno y borrado todo lo que tuviera que ver con eso. No quiero saber nada de las relaciones humanas. Solo quiero jugar a mis juegos y que me dejen en paz.
Ante mis ojos el único referente a mi padre permanece inalterable a mis problemas, como el ancla de un barco que hace tiempo se perdió. Su arbolito enano. El último superviviente de mis ataques de cólera que, por alguna razón siempre bloquea mi sed destructora. Allí está, dejando pasar los intrépidos rayos de sol que valientes se atreven a entrar a mi cuarto, guarida donde este cuarentón se marchita rodeado de trozos de "pudieron ser y no fue".

Ahí está otra vez ella. Escucho repiquetear sus llaves y sus pasos acercándose. No la soporto y sé que si me faltara me moriría por dentro. Asoma su cabeza cardada y teñida de un rubio antinatural, y me mira a los ojos.
Es la única persona (a excepción del psicólogo) que lo hace.
-—Sergio, voy a hacer estofado. ¿tienes hambre?
—No —.le contesto friamente— Me he comido un troffe de esos que me escondes.
—Yo no te los escondo —.me contesta indignada- Solo quiero que no abuses. Te dijo el dietista que no te pasaras con...
— ¡Bah...! pierdete. — le contexto dando por zanjada la conversación y cerrando la puerta en sus narices.

La escucho alejarse. Sé que ahora se pondrá a llorar mientras cocina recordando lo cabrón que es su hijo, pero así soy, y la única culpable es ella. Daría lo que fuera por que no existiese. Por cambiarla por mi padre. El se preocupaba de mí cuando yo era pequeño. Luchaba por curar mi enfermedad. —"si lo hubiésemos cogido a tiempo habrías podido volver a andar" —así me dijeron esos hijos de puta de médicos. Cogido a tiempo, dicen. Más que lucho mi padre no lucho nadie en aquellos tiempos. Todos llevamos una cruz a cuestas, pero yo llevo tres: mi enfermedad, la desaparición de mi padre y soportar a mi madre. Y sigo aquí, mintiendo, y jugando a todas horas, haciendo de esta habitación mi particular universo privado repleto de ropa sucia. ¿Cuando saldré de aqui? Ni lo sé ni me importa. Solo quiero jugar y que jueguen conmigo en mi propia caja de juegos.

Del olor a talco

La hora del baño es mi parte favorita del día.

Enciendo el calefactor para caldear la habitación (lo prefiero al aire acondicionado), me remango y meto el codo para sentir la temperatura. Perfecta. A continuación le cojo con cuidado y juego un poco con él. Le desvisto con total delicadeza, jactandome de su contagiosa risa que me llena de felicidad. Acto seguido paso un brazo tras su espalda y lo meto en el agua. El sonido de caja de musica de su monito encaja a la perfección con el sonido del agua del baño.
Todo es perfecto me digo mirando su bracito chapotear y tirar borbotones de espuma al suelo.
Todo es perfecto si no fuese mentira.
En el fondo sé que aún existo en esa misma habitación llorando y destrozando mis uñas en la madera de las ventanas. Me recuerdo clavándolas ahí mientras la sangre corría por mis dedos. No lo entiendo muy bien. En realidad no debería sentir esta desconfianza que abruma mis días y nubla mi felicidad. Al principio mi mente se empeño en borrar esos días de llanto. Disimular haciendo como si nunca hubiesen existido. Pero yo sé bien que todo es una realidad ficticia. Lo que paso, pasó. Por mucho que esta realidad se empeñe en desmentirlo, mi hijo murió. Pero...
Es tan bonito lo que siento ahora con el entre mis brazos... es tanta la ternura que siento que voy a rebentar por dentro. La vida discurre por oscuros senderos que se bifurcan, y cuando decido evadir el dolor, recorrer el sendero de la alegría, ocurre siempre algo que me recuerda lo que supone esta farsa. Un rumor sordo en la ventana. Un sombrio huracan que en el horizonte nubla todo lo que alcanzo a ver.
Mi pequeño también puede verlo. A veces le descubro curioseando por encima de mi hombro, y acierto a ver adonde se dirigen sus ojos. Al punto de inflexión desde donde fluye esa oscuridad, ese huracán que arranca sistemáticamente trozos de todo lo que fui una vez. Trozos que se pierden en espiral desapareciendo en lo alto, lejos, como desapareció el chico de las fotos que aún recuerdo.
Es curioso que nadie de los que conozco puedan verlo. Ni mis padres, ni Julia, que ha vuelto a mí. Nadie. Solo nosotros, mi pequeño y yo. Los verdaderos protagonistas de esta historia que cada vez me convence más de ser ficción.
Lo peor es que mañana deseare seguir sintiéndome así, y de nuevo perderé algo por el camino.

Del mecánico de bicicletas

No recuerdo muy bien como he llegado hasta aquí. Sobre mis rodillas permanece inalterable a través de los años la libreta de esquemas. Ya puede cambiar todo a mi alrededor que ella siempre estará conmigo.

Cambié la habitación, mi hogar, las personas, los olores y la luz. Precisamente es esto último lo que más me entretiene durante mis largas horas aquí sentada, la luz, que va pasando de los alegres tonos dorados de la mañana a los ocres y finalmente a los anaranjados y añiles. Siempre son los mismos. Colores que se reflejan en mi retina como ya lo hicieron tantas veces en mi niñez.
Recuerdo mi niñez con todo lujo de detalles. Es curioso. No sé quienes son estas personas que de vez en cuando aparecen regalandome ropa limpia, pero recuerdo fotográficamente las caras de todos mis compañeros de juegos, y nuestras aventuras en el pueblo.
(¿Donde la habré puesto?)
Y a quien más recuerdo es, por supuesto, a aquel chico de jersey a rayas y pelo cortado a cepillo, que desde la última fila miraba fugazmente a ésta que lo suscribe. Yo antes era muy diferente a como soy ahora. No tenia miedo a nada, y por supuesto era más joven. Ahora a mi edad, el miedo es un pasajero más de este tren al que aún me aferro testaruda. Sigo sentada aguantando el traqueteo de sus vagones a pesar de que todos, o casi todos se han bajado ya. Aún creo estar escuchando sus risas cuando jugábamos a escondite, o al churro. ¡Que tiempos aquellos! Me hicieron crecer lejos de esta tierra lejana carente de espigas y matorrales de esos que te arañan las piernas al pasar. Ahora lo daría todo por llevar las rodillas “solladas” como entonces.
Hablar de trenes me hace recordar sin duda aquel que me llevó por primera vez fuera de mi hogar. La capital estaba lejos, pero representaba una buena oportunidad para personas como yo, que ya no teníamos cabida en un entorno rural con pocas aspiraciones de futuro.
Recuerdo la carbonilla de la maquina de vapor, que se me metia en los ojos a la que te descuidabas, y al jovenzuelo de gafas redondas que se apresuraba a recoger mi equipaje y entregarmelo. Él, por supuesto, se convirtió en mi esposo años después, y también me fue arrebatado una triste mañana de invierno cuando cruzo la calle sin mirar y se lo llevo por delante un chico en una furgoneta. Siempre fue un despistado, y con los años más aún.
Pero me estoy poniendo triste y no es eso lo que pretendía. Nuestro paso por este mundo es tan efimero que seria absurdo el atravesarlo tristes y llorosos. De él me quedé con su cariño, su amistad, tres hijos

maravillosos, y sus cuadros de conchas de los que tan orgulloso estaba. Recuerdo especialmente cuando venia alguna visita a casa y él siempre se las apañaba para mostrarle sus creaciones.
Me río yo sola. Si ahora entrara alguien a la habitación seguro que pensarían que estoy loca y no les faltaría razón. Pero eso no es de ahora, desde niña siempre he estado un poco loca.
Hace poco encontré anotada en una de las paginas de mi libreta la visita que hice al mecánico de bicicletas. Fue algo curioso, y recuerdo que allí mismo, en la calle, realice las anotaciones para dejar constancia de ese hecho tan extraño. Lo cierto es que nada de aquello hubiera pasado de no haber hecho caso a mi instinto y comprar la bicicleta que eligió mi esposo. Pero mi cabezonería sin límites me llevó a encapricharme de una "Bianchi" de un brillante color verde con una cesta sobre la rueda delantera. La vi por primera vez en el escaparate de un pequeño y sucio taller de motos. Recuerdo como cada día cambiaba mi acostumbrada ruta hacia casa para acercarme a verla. Era preciosa, la necesitaba y ella necesitaba que yo la comprara. Lo malo es que valía mucho dinero, pero trabajando día y noche, y con un poco de ayuda de mis estupendos jefes (una pareja de ancianos que regentaban los telares), pude reunir lo suficiente como para comprarla.
La pagué antes ni siquiera de que la bajaran de los ganchos. El mecánico, un tipo sombrío con un fino billotillo canoso, me preguntó si sabía montar en bici, y yo le respondí que sí. A esto me la entregó y aferrándome fuerte la mano me espetó:
-No es suficiente saber montar, lo importante es saber adonde queremos llegar.
Yo le quite la mano, e indignada por su desfachatez a punto estuve de atizarle una torta (tenía mucho genio para lo pequeñita que era), pero su risa bajo ese bigote sinvergüenza provocó en mí algo de complicidad.
—¿Y adónde se supone que queremos llegar? —recuerdo que le pregunté.
— A hacer realidad el "quiero" sin pasar por el "cómo", pero sabiendo el "puedo" —me contestó de forma coloquial, así como se le explican las lecciones a un niño duro de mollera.
—¡Con la bicicleta llegaré más rápido! — improvisé provocando en él una carcajada.
— Ahora vete —.me contestó- Tengo mucho trabajo y tú una vida que recorrer con tu nueva bicicleta.
Obedecí en silencio, pero antes de que hubiera salido de su taller su voz volvió a sonar para mí por última vez.
-Guardate de ella -me dijo- Intentará engañarte, llevarte a su terreno, pero es todo como el humo. Tú lo sabes bien que portas la rama de la serpiente.
Aquello me hizo recordar mis juegos infantiles y las ramitas de almendro que fueron bendecidas con nuestra propia sangre. Una sangre infantil no corrompida por los deseos y desvaríos de la edad adulta.

Ahora acabo de recordar lo que andaba buscando. Recordar todos esos pasajes de mi vida han llevado a esta vieja tonta a encontrar el camino los

recuerdos. Ya era hora. Pero la ramita mágica ya no está donde debería estar. Tampoco la encontré en mi casa, ni tengo idea de donde se habrá podido esconder.

—"Bueno" —.pienso conformandome- Siempre puedo volver a por otra.

Del mantel de cuadros rojos

Faltan dos horas para la presentación de mi película y no estoy nervioso en absoluto. Mientras mi vuelo recorría el cielo nocturno de París, venía pensando en la cantidad de personas que había conocido en mi vida, y sin embargo ahora todo el mundo me parece igual. Los pasajeros de mi avión, por ejemplo. Tenian todos los mismos rasgos. Incluso algunos se parecian sospechosamente a mí.
Ataño tal suceso a la joya. Lo cambia todo a mi alrededor y prueba constantemente mi estabilidad psíquica.
Ahora espero la hora sentado en la cafetería de este hotel, fumando y calmando la ansiedad que me corroe por dentro. No se puede fumar, lo sé. Hace un rato la camarera ha hecho el amago de llamarme la atención pero ha vuelto sobre sus pasos ante mi propia voluntad. Es una chica joven, delgada, de aproximadamente veinte años. Me resulta atractiva, y me digo a mí mismo que no llegara la noche sin haberla tenido en mi cama. Lo cierto es que me doy asco a mí mismo. Tanto que puedo hacer y no soy capaz de controlar mis instintos.
En ese momento veo algo salir de mi asiento rápidamente, otra parte de mí. Un parpadeo a bastado para ser consciente que mi realidad volvía a desdoblarse. Una y otra vez me sucede, y con cada cambio me voy haciendo cada vez más inhumano. Un ser arisco y despreciable al que ya poco le importan minucias tales como los sentimientos o... el amor. Quiero terminar con todo ya mismo. Quiero dejar de ser así. Y al mirar a la camarera que me observa aterrada, mis pensamientos traicioneros vuelven a utilizar la joya maldita. Allí, estoy, desnudo y yaciendo sobre ella, embistiendo con rabia a una criatura que poco o nada tiene que ver conmigo hasta hoy, que tuvo la desgracia de toparse en mi camino. Recuerdo que ansiaba sobre todas las cosas ser reconocido, ser alguien importante y que todos en el planeta conocieran mi nombre. Lo cierto es que lo he conseguido. No hay revista en la que no salga mi rostro, brindando con cualquier otro famoso, o codeandome con celebridades de cualquier ámbito.
¿Y que es la fama? Yo puedo responder. Es igual que el humo de este

cigarrillo que me engaña dándome una calma que yo no merezco.
—Yo estoy casado —.le digo a mi joven amante de la que no sé ni el nombre.
—Yo querría estarlo, pero tu no me dejas —me responde sorprendiendome.
Son estos detalles los que, pienso, aún no me han llevado directo a la locura. Me hacen recapacitar y ver que a pesar de mis ansias de profanarlo

todo, aún sigo viviendo en el planeta. ¿pero que soy yo en realidad? No tengo ni idea. Y nadie me lo puede explicar, porque nadie me entiende.
Me levanto de la cama y voy desnudo hasta el espejo del cuarto de baño. Desde su reflejo observo vestirse a mi acompañante. Es preciosa.
—¿Donde vas?
La muchacha titubea en su respuesta. Noto cierto temor hacia mí, y eso me gusta. para qué negarlo. Me gusta el influjo que ejerzo en todo. Y ahora sin mi parte critica, que acaba de desaparecer del espejo, me gusta más.
No sé si me estoy convirtiendo en un monstruo, pero me gusta.